



PASO SEGURO.— "Cheyre no es un académico que se sienta cómodo en las nubes de las abstracciones. Él es un militar acostumbrado a calcular consecuencias y a andar con pies de plomo".

## Necesidad, no virtud

Cheyre ha escrito esta declaración animado por la ética de la responsabilidad y no por la ética de la convicción. Sus palabras tienen la altura de la política. No alcanzan las cumbres del rechazo moral.

Con una agilidad que —esta vez sí— estuvo a la altura de su aspecto ascético, el general Cheyre ha transformado la necesidad en virtud. Enfrentado al próximo informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política —donde se revela hasta qué punto la tortura se ejecutó en Chile por los militares con prolijidad de relojero y eficiencia de emprendedor—, el General decidió sorprender y, por anticipado, ensayar una explicación.

Por supuesto, Cheyre y los militares sabían de estas demasías y conocían palmo a palmo estos abusos. Es probable incluso que algunos de ellos los hayan practicado. Si ahora se apresuran a reconocerlos y a avanzar explicaciones es porque muy pronto, en dos o tres días, esa retahíla de maltratos organizados con paciencia industrial, va a alcanzar la evidencia del relato y de la repugnancia.

Nada de lo anterior significa, por supuesto, privar al documento del general Cheyre de las bondades que posee. Sólo quiere evitar el exceso de apreciar una virtud moral en lo que es —como todo en la vida, supongo— una mezcla de cálculo y de convicción. Cheyre, después de todo, no es un académico que se sienta cómodo en las nubes de las abstracciones o un clérigo que se dedique a calificar la

conducta de los demás. Él es un militar acostumbrado a calcular consecuencias y a andar con pies de plomo. Estoy seguro de que su héroe oculto es el general De Gaulle. No lo imagino escribiendo esta declaración inflamado de ardor moral o

empapado por el sudor del remordimiento. Me es más fácil imaginarlo tachando frases, calculando impactos, midiendo consecuencias y reacciones. En suma —y créame: esto es un elogio—, Cheyre ha escrito esta declaración animado por la ética de la responsabilidad y no por la ética de la convicción. Sus palabras tienen la altura de la política. No alcanzan las cumbres del rechazo moral.

El Ejército, sugiere el general, no pudo sustraerse a la vorágine ideológica de la Guerra Fría que, como por encanto, hacía ver enemigos allí donde, lo saben ahora, había simples adversarios. Los militares actuaron en ese entonces, anota Cheyre, convencidos de la justicia de sus acciones

y de que ellas proseguían el bien común. Sin embargo, nada permite justificar ese conjunto sistemático de acciones que son, dice, moralmente inaceptables. La violación de los derechos humanos, anota el General Cheyre, carece de toda justificación ética.

La explicación de Cheyre es convencional y se ajusta bien a esa forma de representar la cultura política de los setenta como una época inflamada de ideologías. Todo eso es, por supuesto, en términos generales, correcto. Pero nada de eso debe hacernos olvidar —menos al Ejército— cuáles eran las condiciones institucionales que hicieron a sus miembros tan crédulos y tan irreflexivos como para hacer de la tortura una mera cuestión laboral que se practicaba luego de tomar la colación y llamar por

teléfono a los niños. Después de todo, incluso Eichmann —cuya crueldad, es cierto, está a años luz de los acontecimientos de nuestro país— pretendió que él no era más que un kantiano riguroso cuando, con paciencia de funcionario de correos, enviaba al martirio a miles de seres humanos.

Los civiles deben, también, desde luego, poner su parte en esta reflexión. Después de todo, incluso Eichmann —cuya crueldad, es cierto, está a años luz de los acontecimientos de nuestro país— pretendió que él no era más que un kantiano riguroso cuando, con paciencia de funcionario de correos, enviaba al martirio a miles de seres humanos.

**No lo imagino escribiendo esta declaración inflamado de ardor moral o empapado por el sudor del remordimiento. Me es más fácil imaginarlo tachando frases, calculando impactos.**



Carlos Peña G.

Decano Facultad de Derecho,  
Universidad Diego Portales

pués de todo eran ellos quienes pronunciaban las frases flamígeras que acabaron incendiando todo; aunque después, arrepentidos, pretextaran que no eran más que palabras. Hubo otros también que aplaudieron o hicieron la vista gorda confiando que el imprescindible olvido sepultara todo. ¿Dónde estarán, o qué dirán ahora, esos que halagaban el trabajo sucio, cohonestaban la tortura e inventaban pretextos —ideológicos también, no lo olvidemos— para que los militares negaran todo y no hicieran lo que ahora Cheyre se atrevió a hacer?

¿Y las víctimas? En esta parte no hay que hacerse demasiadas ilusiones. El sufrimiento suele ser irreversible y definitivo y seguirá punzando en la memoria a esa misma hora en que los ruidos de la ciudad se retiran y nos dejan a solas. Habrá un reconocimiento y una reparación siquiera mínima; pero es probable que nadie les pida perdón. Es probable también que a estas alturas, curtidos por el tiempo y por la desazón, tampoco lo esperen. Después de todo —y como sugirió alguna vez el finado Derrida— el perdón en estos tiempos globales es incommensurable y ya no tenemos palabras ni para pedirlo ni para concederlo. ■